

## El sentido de la vida

Sergi Barnils

Mis reflexiones sobre el sentido de la vida salen del corazón de un trabajador de las artes plásticas; permitidme por tanto que os hable desde ésta perspectiva, con la intención y el deseo de que el lector, pueda después extrapolarlo a su propia vida.

El arte tiene sin duda alguna una dimensión espiritual y desde hace unos años, estoy convencido de que su semilla la siembra Dios en nuestro ser. Después, con un susurro alentador e ilusionante, es como si nos dijera: “Riégala y házla crecer!”

Creo que la forma más grande de entender la práctica artística consiste en hacer florecer todo lo espiritual que se encuentra almacenado en nuestra alma, y con la ayuda de materiales salidos todos directamente de la tierra, alabar con nuestros pequeños cánticos plásticos al Creador del universo. Si de ésta doxología participan los demás, sintiéndose integrantes de ésta comunicación espiritual, entonces, “el gozo plástico” invadirá la atmósfera que circunde a la obra.

Creo que en el arte de nuestros días se investiga mucho y bien; hay obras maestras de denuncia, de testimonio...; hay grandes expertos en técnicas tan revolucionarias, que hace tan sólo dos o tres décadas no hubiéramos podido ni soñarlas. Sin embargo, debo decir que añoro mucho del contenido espiritual (no necesariamente religioso) que nos brindaron tantos artistas del pasado. Parece como si aquel aliento de innumerables maestros que deseaban que el canto de su obra ascendiera hasta el tercer cielo, hoy ya casi no nos estimule. Creo que no nos interesa ni tan siquiera traspasar la primera capa del firmamento atmosférico. No dudo que necesitamos tener los pies bien arraigados en el suelo..... pero, y la mirada?

En los cielos de obras de Giovanni Bellini como: “Crocifisso con cimitero ebraico” (Prato-Cassa di Risparmio) o en la “transfigurazione di Cristo”, de la galeria Nacional de Capodimonte (Nápoles), me parece haber disfrutado a raudales del perfume espiritual del que hablaba. No digo que haya que representar motivos de la iconografía religiosa para entrar en esta dinámica, pero pienso que lo importante es establecer un diálogo plástico-espiritual con el Dios invisible e intentar llevar sus fragancias a nuestro mundo visible. Mi planteamiento creo que va ligado a aquello que nos decía el apóstol Pablo: “Nuestro punto de mira no está en las cosas visibles, sino en las invisibles, porque las cosas visibles son momentáneas, mientras que las invisibles son eternas”. En las obras del último período, quiero expresar de forma plástica las notas de música que ha escuchado mi alma; no las ha escuchado por cierto mi oído, sino que provienen de mi espíritu. Son cánticos de agradecimiento no a la vida, sino al Hacedor de la vida: un Hacedor de la vida que ha construído en nuestro interior toda suerte de canales por los que pueden circular verdaderos “ríos de agua viva”. Todo depende de que nosotros estemos dispuestos a abrir las compuertas; los canales están dispuestos, el dique contiene cantidades ingentes de agua pura y cristalina; tan solo resta abrir las compuertas.

Colores y formas me enseñaron que había un mundo excelso en una región ignota, inexplorada por mí hasta entonces. Al acercarme a ese nuevo mundo, descubrí

que el Creador de lo visible y lo invisible, deseaba relacionarse con nosotros, manifestarnos su amor y hacer correr por nuestro interior esa corriente de agua viva. Me empezó a mostrar, caminando por aquellas geografías, unas configuraciones y colores completamente nuevos, que llenaron de gozo mi espíritu.

Mis últimos trabajos contienen pequeñas notas de agradecimiento dirigidas a quien me ha dado todo esto: “El Dios Omnipotente”. Deseo que el espectador que se acerque a estas obras participe de ésta comunión espiritual y sea éste el inicio y el desarrollo de una comunicación secreta. Mi pretensión es que vayamos juntos a entonar un “cántico nuevo” a las sublimes llanuras de la ciudad celeste.

Analicemos ahora muy someramente la obra pictórica (página 4) “Visió del carrer gran” (técnica mixta/tela.150x150.2010).

Sobre un fondo negro aparecen unas configuraciones llenas de color; pertenecen a una visión plástica de la “Nueva Jerusalén”, descrita por el evangelista Juan en los capítulos 21 y 22 de Apocalipsis.

Todo flota, efectivamente, sobre un negro marfil, aludiendo a la escasa luz espiritual que reina en el mundo del pintor. Sin embargo, del mismo modo que imperaban las tinieblas el primer día de la Creación, antes de que Dios dijera: “Sea la luz”, también ahora, bajo su inspiración, podemos empezar a vislumbrar toda suerte de conformaciones que nacen de la oscuridad. Y he aquí que en el cuadro se describen elementos que llenan el alma de esperanza y dan sentido a un paisaje tenebroso que no tenía ninguna significación. Es el “todo” del Reino de Dios, contrapuesto a la “nada” del mundo de las tinieblas. Y de repente aparece la gran calle áurea de la ciudad, las piedras preciosas, el monte de Dios, las mansiones eternas, el árbol de la vida, el río limpio de agua de vida, el alma coronada con su galardón, las cometas festivas que describen el gozo celestial...

El sentido de las configuraciones coloreadas convive con el sinsentido del vacío, porque el pintor se mueve por las geografías terrenales y en ellas reinan la confusión y el caos. Solamente cuando eleva su espíritu a Dios, es capaz de empezar a discernir que hay algo repleto de significado más allá de la dimensión física. Hay un mensaje en la pintura “Visió del carrer gran” que el “homo faber” -el pintor- ha captado y lo extiende a todos aquellos que pasean su mirada por el cuadro: Id a Él, el Dios Sempiterno, si queréis llenar de sentido vuestra vida, haced una excursión espiritual por las geografías de la ciudad celeste y Él os saldrá al encuentro; pero hacedlo desde aquí, desde la región oscura, desde las llanuras del sinsentido.

Ya en el siglo VI, Benito de Nursia<sup>1</sup> nos da la clave para que nos dejemos inundar por la luz del sentido de las cosas, la luz del sentido de la vida. No nos dice nada nuevo, simplemente nos conduce al evangelio de San Mateo, al versículo 37 del capítulo 22<sup>2</sup> y nos pide que después de leerlo y experimentarlo, empecemos a gozar en profundidad del sentido de la vida.

## Notas

1. Fundador de la orden benedictina
2. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu inteligencia. (Mt. 22:37)

Recebido para publicação em 09-11-10; aceito em 18-12-10